

Cierto que se hizo cuanto se pudo para limitar el escándalo, y que del exilio de la segunda Julia apenas habría llegado a nosotros cualquier noticia sumaria, si entre los cómplices, que fueron desterrados con ella, no se hubiera encontrado también Ovidio, que había de llenar veinte siglos con sus lamentos, haciéndolos llegar hasta los oídos de la más lejana posteridad. El exilio de Ovidio es, por lo impenetrable, uno de los misterios que más atormentaron la curiosidad de los siglos. El mismo Ovidio, con su prudencia, no hablando nunca claramente de las acusaciones a las que sucumbió, haciendo, respecto a éstas, sólo vagas alusiones, que se resumen en dos palabras: *carmen et error*, no hace más que acuciarla. De modo que en vano se pregunta la posteridad, desde hace veinte siglos, qué *error* fué éste, que mandó al elegante poeta a morir entre los bárbaros, sobre las orillas del Danubio. Pero si no es posible precisar el *error* que tan caro costó a Ovidio, es, en cambio, posible darse cuenta de lo que fué este singular y famoso episodio de la historia de Roma, al que Ovidio debe, en parte, su inmortalidad. Ovidio no fué, como tantas veces se ha repetido, víctima de un capricho del despotismo, y no puede ser, por tanto, comparado a uno de tantos escritores rusos que la administración de los zares deportaba a Siberia por odio o por miedo, sin causa determinada. Su

caso podría más pronto compararse, hasta cierto punto, al proceso de Oscar Wilde, aunque la acusación a la que sucumbieron los dos poetas fuera diferente. El *error* de Ovidio consiste, seguramente, en haber violado alguna disposición de la *lex Julia de adulteriis*, que, como sabemos, era muy detallada y especificaba como casos de complicidad muchos actos y hechos que, también a los ojos de los más rigoristas modernos, parecerían reprobables, sí, pero no dignos de tan terrible pena. Es verosímil que Ovidio incurriese en una de estas disposiciones; pero su *error* grave o leve, más que el verdadero motivo de la condena, fué el pretexto, el pretexto para desahogar sobre él un antiguo rencor que tenía causas más profundas. El tradicional puritanismo romano quiso mandar al destierro al poeta de las señoras frívolas, elegantes, ligeras; al autor de los poemas eróticos que, con la pluma y los versos, había ayudado a los tiempos a transformar en dispendiosa amiga de los hombres y de las diversiones a la antigua y austera *materfamilias*, al poeta que se había hecho admirar sobre todo de las mujeres, lisonjeando sus más peligrosas inclinaciones. El puritanismo odiaba los nuevos derroteros de la vida social, y, por consiguiente, también la poesía de Ovidio, principalmente por sus funestos efectos sobre las mujeres, que en las familias aristocráticas, como vemos, no eran, ni mucho

menos, sostenidas en la ignorancia, puesto que leían a poetas y filósofos. Por esto precisamente se tuvo siempre en Roma una viva aversión a la literatura ligera e inmoral. Si los libros hubieran pasado solamente por las manos de los hombres, las poesías de Ovidio no hubieran tenido, probablemente, la fortuna de una persecución, que había de atraer sobre ellas la atención de la posteridad. En resumen, la libertad de la mujer debía, según aquella sociedad, imponer mayor reserva hasta en la literatura, y Ovidio, que lo olvidó, tuvo que acordarse a costa propia, al tener que marchar al destierro, entre los Getos, a orillas del helado Danubio, porque muchas mujeres leían en Roma demasiado a gusto sus libros. La orden de Augusto para que fueran retirados de las bibliotecas no ha sido bastante para impedir que llegaran todavía a nosotros, ¡cuando tantas obras más serias — la historia de Tito Livio, por ejemplo — se han perdido totalmente o en parte!

## II

Después de la caída de la segunda Julia, Augusto no recibió ya hasta su muerte, que advino el 23 de agosto del 14 después de Jesucristo, más que graves disgustos de las mujeres de su casa. La gran desdicha de los últimos años de su gobierno fué una desdicha pública, la de-

rrota de Var y la pérdida de Germania. Pero ¡con cuánta tristeza debía Augusto, en las últimas semanas de su larga vida, volver la vista a la historia de su familia! ¡Todos aquellos a quienes había amado le habían sido arrancados, por un destino cruel, antes de tiempo: por la muerte, Druso, Cayo y Lucio César; por la Infamia y por la Crueldad de la ley, peor que la muerte, las dos Julias! La grandeza sin ejemplo a que se había elevado no había sido portadora de suerte para su familia. El quedaba viejo, casi solo, cansado, superviviente entre las tumbas de sus queridos, extintos por el Hado antes de tiempo; entre la memoria, todavía más dolorosa, de aquellas que habían sido sepultadas vivas en salvaje isla y en la tumba de la Infamia; sin más compañía que la de Tiberio, con quien se había reconciliado de verdad; la de la dulce nuera Antonia, por todos respetada; la de Livia, la mujer que el destino había puesto a su lado en los horrendos años de sangre y hierro; la fiel compañera, por espacio de cincuenta años, de su varia, maravillosa y trágica suerte. Se comprende, pues, que, como cuentan los historiadores, las últimas palabras del viejo emperador fueran un tierno acto de agradecimiento a la mujer fiel: «¡Adiós, adiós, Livia; recuérdate de nuestra larga unión!» Con estas palabras terminaba su vida de verdadero romano, rindiendo homenaje a la mujer a quien la costumbre y la

ley querían fiel y amorosa compañera y no dócil esclava del hombre.

Pero si la familia de Augusto se había atribulado y sangrado ya durante su vida, sufrió y peligró más después de su muerte. No se dará nunca cuenta de la historia del primer imperio quien partiendo del preconcebido de que Augusto fundó una monarquía, se imagine que su familia debía gozar en la sociedad romana los privilegios reconocidos por todas las monarquías a la familia del soberano. Ciertamente que esta familia, de privilegiada condición, gozó siempre, si no por derecho, de hecho y por la fuerza misma de la cosa, de cierta consideración; pero no en balde había sido Roma, durante tantos siglos, una república aristocrática en la que todas las familias de la nobleza se consideraban iguales y a las mismas leyes sometidas. Del privilegio que la suprema dignidad de su jefe aseguraba a la familia, se vengó la aristocracia, dedicándole su odio, calumniando y sospechando de todos sus miembros, sometiéndola, con cruel voluptuosidad, cuando podía, a las leyes comunes, y hasta maltratando con más feroz encarnizamiento a aquellos que casualmente cayeran bajo la sanción de una ley. El disfrute de privilegios de los miembros de la familia imperial se equilibraba con el peligro de tener que recibir más fuertes los golpes de las leyes si alguno caía debajo, para dar a la aristocracia senatorial la atroz sa-

tisfacción de ver a uno de estos felices martirizado como y más que los otros. No cabe duda, por ejemplo, que las dos Julias fueron castigadas e infamadas más severamente que otras señoras de la aristocracia reos del mismo delito, y que Augusto había tenido que ser despiadado con ellas, para que no se dijese en el Senado que hacía las leyes, no para los suyos, sino para los otros.

No obstante, mientras Augusto vivió fué para los suyos un defensor más que suficiente; porque, sobre todo en el último vintenio, Augusto fué objeto de un respeto casi religioso. La época tempestuosamente grande de la que procedía su extraordinaria fortuna, su largo gobierno y los servicios que verdaderamente había prestado y los que parecía había de prestar, le habían conferido tanta autoridad, que la envidia disponía ante él sus flechas más envenenadas. Por respeto a él tampoco su familia fué, salvo en algunos pasajeros furiosos de la opinión pública, como el que condenó a las dos Julias, demasiado calumniada y maltratada. Pero muerto él, las cosas cambiaron porque Tiberio, no obstante ser un sagaz administrador, un valentísimo general y un hombre capaz, no gozaba las simpatías y el respeto que Augusto; al contrario, era odiado de aquella considerable parte del Senado que, durante mucho tiempo, había pertenecido al partido de Cayo y Lucio César. No fué la

admiración del Senado y del pueblo, sino la necesidad, quien lo impuso como jefe de la república; porque estando en guerra el imperio al morir Augusto, con los germanos, y sublevadas las provincias panónicas-ilíricas, era necesario confiar el ejército a un hombre que infundiese terror a los bárbaros y que, llegada la ocasión, supiese combatirlos. Tan convencido estaba el mismo Tiberio de que sólo a la fuerza sufrirían su gobierno la mayoría del Senado y el pueblo de Roma, que había dudado largo tiempo si aceptar o no. Nadie se engañaba menos que él sobre las dificultades de gobernar con los ánimos tan en contra.

Bajo el gobierno de Tiberio, la familia imperial fué rodeada de un odio mucho más intenso y evidente que bajo el de Augusto. Se exceptuaba a una pareja: a Germánico y Agripina, que eran muy queridos. Pero de aquí, precisamente, empezaron las primeras graves dificultades para Tiberio. En torno a Germánico, que tenía veintinueve años cuando Tiberio fué elevado a la presidencia de la república, empezó a reunirse un partido que, cortejándole y adulándole, ayudado inconscientemente, sobre todo, por Agripina, mujer de Germánico, lo puso frente a Tiberio. Era ésta, al contrario de su hermana Julia, una mujer de costumbres sin mancha, enamorada y fiel a su marido, una verdadera matrona romana, tal como la tradición la había anhelado; casta y fe-

cunda, que a los veintiséis años le había dado ya al marido nueve hijos, de los cuales habían muerto seis. Pero como si Agripina estuviera destinada a demostrar que en la casa de Augusto y en aquellos tiempos turbulentos y extraños la virtud no era menos peligrosa que el vicio, sea también por otra causa y por diferentes razones, su fidelidad al marido, la admiración de que gozaba en Roma, el caso es que Agripina era tan altanera que todos los demás defectos de su carácter eran como hinchazones del desmedido orgullo de esta virtud. Y entre estos defectos conviene enumerar una gran ambición, una especie de actividad confusa y tumultuaria, una irreflexiva impetuosidad de pasiones, una peligrosa falta de ponderación y de criterio. Agripina no era malvada; pero era ambiciosa, violenta, intrigante, imprudente, poco reflexiva, y por tanto, fácil de tomar sus sentimientos e intereses, por la universal razón de lo justo. Amaba mucho a su marido, del que no se separaba nunca, acompañándole en todos sus viajes; pero precisamente porque lo amaba, lo empujaba a secundar aquella sorda oposición a Tiberio, que quería hacer de él su campeón, su favorito.

Si el Senado y la familia imperial no se dividió de nuevo en dos facciones, fué porque Germánico resistió sabiamente a sus demasiado celosos admiradores, y quizás también porque Antonia, su madre, no dejó nunca de ser, mien-

tras el gobierno de Tiberio duró, la más fiel y a dicta amiga del emperador.

Después de divorciarse de Julia, Tiberio no se había vuelto a casar, y los afectuosos cuidados que hubiera llenado cerca de él la mujer, eran cumplidos en parte por la madre y en parte por la cuñada. Nadie como Antonia era escuchado por el reservado y desconfiado emperador, y el que quisiera impetrar de él algún favor no podía hacer cosa mejor que confiar la causa a Antonia. Por tanto, es verosímil que Antonia contrarrestase cerca de su hijo la influencia de su mujer. Pero aunque no se llegó verdaderamente a la escisión, pronto nacieron las dificultades. No sólo Agripina y Livia se enemistaron, sino que—y esto era más grave—Germánico, que a la muerte de Augusto era embajador por la Galia, cediendo un poco a su temperamento, un poco a los consejos de su mujer y de los aduladores, inició por su cuenta una política germánica contraria a las instrucciones de Tiberio. Tiberio, a quien los germanos conocían por larga experiencia, no quería molestarles más. La sublevación de Armenia demostraba que, si dejados en paz se destruían en guerras continuas, amenazados en su independencia, sabían unirse y se convertían en peligrosos. Era, pues, conveniente no atacarles ni amenazarles, sino hábilmente soplar en el fuego de sus continuas discordias a fin de que, destruyéndose en-

tre ellos, dejaran tranquilo el imperio. Pero esta sabia y discreta política podía agradar a un viejo guerrero que tantos laureles había ya recogido; pero no a un joven que ambicionaba señalarse con grandes empresas, rodeado de una corte de aduladores, y a cuyo lado, estímulo continuo, estaba una mujer ambiciosa. Por propia iniciativa pasó Germánico el Rhin y comenzó una vasta ofensiva, atacando, una después de otra, en rápidas y afortunadas expediciones, las más poderosas poblaciones germánicas. Este atrevido movimiento agradó en Roma, máxime a los enemigos de Tiberio, que eran muchos; ya porque el atrevimiento agrada siempre más que la prudencia, sobre todo a aquellos que nada arriesgan y juzgan de una guerra a centenares de millas de los campos de batalla, ya por la posibilidad de que la gloria de Germánico pudiera ofuscar a Tiberio. Y Tiberio, que desaprobaba tal conducta, dejó hacer, no obstante, al hijo adoptivo, por no contrariar a la opinión pública y por no dar motivo a que creyeran envidiaba al joven Germánico la gloria que adquiriría.

Con todo, él no quería que Germánico se empeñase demasiado con las tribus germanas, y cuando le pareció que había demostrado suficientemente su valor y hecho sentir suficientemente al enemigo la potencia de Roma, lo reclamó, mandando a Druso, su otro hijo, no adopti-

vo, sino legítimo. Pero esta llamada no pareció bien al partido de Germánico, que recriminó amargamente a Tiberio, susurrando que estaba celoso de Germánico y que lo había reclamado para impedirle que adquiriera gloria en una empresa inmortal. Tan lejos estaba Tiberio de impedir a Germánico que emplease su ingenio en servicio de Roma, que inmediatamente después, en el año 18 (d. de J.), lo mandó a Oriente a restablecer el orden en Armenia, agitada por internas discordias, dándole, por consiguiente, un mando no menos importante que el que le había quitado. Pero al mismo tiempo no quiso confiarlo todo al juicio de Germánico, que era capaz y valeroso, pero joven y acompañado siempre de una mujer imprudente y de una corte de aduladores irresponsables. Por esto, puso a su lado a Gneo Pisone, hombre ya anciano, maduro y experimentado, senador, y que pertenecía a una de las más ilustres familias de Roma.

Gneo Pisone debía ayudar, aconsejar y, si era preciso, frenar a Germánico e informar también a Tiberio de cuanto el joven hacía en Oriente. De esto no puede dudarse. Pero ¿quién querrá discutir a Tiberio, que asumía la responsabilidad del imperio, el derecho de hacer vigilar a un joven de treinta y tres años, al que tantos y tan graves intereses se le encomendaban? Y, sin embargo, esta razonable y comedida cautela dió ocasión a infinitas desventuras. Germá-

nico se ofendió, e instigado por sus amigos, declaró la guerra a Pisone; Plaucina, gran amiga de Livia, acompañaba, como Agripina a Germánico, a su marido, y disputaron, mujeres fieles, no menos que sus maridos. La autoridad romana en Oriente se dividió en dos maquinaciones: la de Pisone y la de Germánico, que se acusaron de ilegalidad, de concusión y de prepotencia, no pensando cada una sino en deshacer lo que la otra había hecho.

Es difícil decir cuál de estas dos cábalas tenía razón o hasta qué punto cada una era culpable; porque la narración de Tácito, cegado por una hostilidad preconcebida, no nos ilumina del todo. Pero es cierto que Germánico no siempre respetó la ley y algunas veces obró con demasiada ligereza, obligando a Tiberio a intervenir personalmente, como cuando hizo con Agripina un viaje a Egipto, que era también entonces término favorito de viajeros curiosos e instruidos, a pesar de estar vigente una orden de Augusto que prohibía a los senadores romanos pisar Egipto sin un permiso especial. No sería de sorprender cómo había burlado esta prohibición, si Germánico en otras ocasiones no hubiese respetado demasiado a la letra las leyes que definían sus poderes.

Desgraciadamente, la discordia entre Germánico y Pisone llenó de confusión y de discordia todo el Oriente y, por reflejo, inquietó a Roma,

donde el partido adverso a Tiberio le acusó de perseguir al hijo adoptivo, por celos, y donde también Livia, falta de la protección de Augusto, empezó a inspirar sospecha de intrigar contra Germánico, por odio a Agripina. Tiberio, molesto por la opinión pública, favorable a Germánico, y deseoso al mismo tiempo de que sus hijos dieran ejemplo de obediencia a las leyes, no sabía qué hacer. En tal punto, el 19 (d. de J.), enfermó Germánico en Antioquía, y después de larga enfermedad, con alternativas de mejorías y empeoramientos, sucumbió, al final, al destino, como su padre, como sus cuñados, en plena juventud, a los treinta y cuatro años.

¿Es para sorprenderse que la imaginación popular, espantada por esta nueva muerte prematura, que truncaba una peligrosísima discordia política, empezase en seguida a susurrar de veneno? El partido de Germánico, exasperado por esta desgracia que lo anonadaba, en unión de las esperanzas de cuantos se habían ligado a Germánico por su fortuna futura, recogió, pintó con vivos colores y propagó por doquiera la especie. Agripina, a quien el natural dolor por la muerte de su esposo hacía más impetuosa y violenta, menos razonable, fué quien creyó con más fe esta invención. Agripina, que de haber sido una mujer ponderada y juiciosa hubiera debido saber mejor que nadie hasta qué punto era absurda aquella patraña.

En poco tiempo fué noticia universal en Roma que Germánico había sido envenenado por Pisone, y, en voz más baja, se susurraba que por orden de Tiberio y de Livia. Pisone había sido el instrumento de Tiberio; Plancina, el de Livia. La acusación es absurda; también lo reconoce Tácito al contarnos de qué modo pretendían los acusadores de Pisone que se había propinado el veneno. En un banquete, en el que Pisone, invitado por Germánico, ocupaba un asiento varios puestos distante del de Germánico, había vertido el veneno en los platos de éste, en presencia de todos los convidados, sin que ninguno se diera cuenta. El mismo Tácito, que también odia a muerte a Tiberio, dice que todos juzgaban absurda esta fábula, y así la juzgará todo hombre de buen sentido. Pero el odio hace creer también a personas inteligentes las más inverosímiles fábulas. El pueblo, favorable a Germánico, estaba irritado contra Pisone y no atendía razones. Todos los enemigos de Tiberio se persuadieron fácilmente de que, bajo esta muerte, se escondía algún cruel misterio y que de un proceso contra Pisone podría nacer un escándalo que, de rechazo, alcanzaría al mismo Tiberio. ¡Se empezó a decir que Pisone poseía cartas de Tiberio en las que le ordenaba que envenenase a Germánico! Al fin llegó también Agripina a Roma con las cenizas del marido, y con su acostumbrada vehemencia, empezó a llenar

de protestas, de imprecaciones y de acusaciones contra Pisone la casa imperial, el Senado, Roma entera. El pueblo, que la admiraba por su fidelidad y su amor, se conmovió todavía más, y de todas partes se gritó que un tan execrable delito merecía un castigo ejemplar.

Por otra parte, Pisone, que en un principio había tratado, como merecían, con altanero desprecio, estas acusaciones, se dió cuenta en seguida que era preciso volver a Roma para defenderse. Un amigo de Germánico lo había acusado; Agripina, instrumento inconsciente de los enemigos de Tiberio, enardecía, cada día más, con su luto lastimero y ostentado a la opinión pública. El partido de Germánico agitaba al Senado y al pueblo. De forma que cuando Pisone llegó a Roma se vió abandonado casi de todos. El tenía sus esperanzas en Tiberio, que conocía la verdad y que deseaba disipar esta locura de los espíritus; pero Tiberio estaba vigilado por una malevolencia despiadada y cualquiera cosa que hubiera hecho en pro de Pisone hubiera sido interpretada como la prueba de que era su cómplice y que por eso quería salvarlo. Toda Roma decía, repetía y estaba segura de que Pisone mostraría en el proceso las cartas de Tiberio. Livia se industrió en la sombra para salvar a Plaucina; pero Tiberio no pudo hacer más por Pisone que recomendar al Senado, cuando empezó el proceso, en un nobilísimo discurso, que

nos ha conservado Tácito, la más rigurosa imparcialidad. Juzgar sin miramientos, ni a la familia imperial ni a la familia de Pisone. Advertencia inútil: la condena, a despecho de lo absurdo de la acusación, era segura. Los enemigos de Tiberio estaban tan encolerizados y tan resueltos a llevar las cosas hasta el último extremo, en espera de que apareciesen las famosas cartas, y tan exaltada la opinión pública, que Pisone se mató antes de que terminara el proceso.

Agripina había sacrificado un inocente a los Manes del marido, muerto prematuramente. Tiberio logró salvar a la mujer, al hijo y la fortuna de Pisone, que los enemigos querían destruir de un solo golpe.